En pausa indefinida

Rachel del Carmen C. Lizarán

Capítulo 1

¿Qué podrá ser ese brillante espejismo

que en desvelar mi descanso se empeña

y a la vez, mis noches consuela?

¿Un ente añorado que di por perdido,

que mis temores fulmina y destierra

y que por esculpir en mi vientre su huella,

confiere validez legal a mi reticente desquicio?

El eco de tu voz se repite sombrío

y mientras tanto, con su faz macilenta;

ufana de alboroto subsiste la Tierra.

Pletórica de poder, a sabiendas fomenta el bullicio

rigiendo con su voluntad férrea

océanos, tempestades y veletas

prosiguiendo su andar indolente, infinito.

¿Me preguntas que dónde estás ahora, hijo mío?,

mecido en las bocanadas del viento, entre nardos y violetas.

Hasta que mi encuentro contigo acontezca,

sin dioses que atemorizan; ni santos, ni ídolos,

estarás en el soplo que me alienta,

la soledad tendré por lúgubre compañera,

tus poderosos brazos me retendrán ante el abismo.

Quiero creer, obviando la razón y el prejuicio,

que en mi sueño tus dedos los míos rozan,

manos infantiles; sanadoras, livianas e incorpóreas.

Tu corazón y tu mirada, no son ya despectivos,

la maldad del hombre no ha actuado todavía,

el candor ha pactado con la inocencia

y tus ojos y tu memoria, aún permanecen limpios.

C C Lizarán

-mdac-